

## NACIÓN E HISTORIA EN EL PENSAMIENTO DE RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

JON JUARISTI

*Universidad de Alcalá de Henares*

En septiembre de 1937, Pere Bosch Gimpera, a la sazón *conseller* de Justicia de la Generalitat catalana y rector de la Universidad de Barcelona, de la que era catedrático de Prehistoria, pronunció en el paraninfo de la Universidad de Valencia la lección inaugural del curso académico. Valencia era entonces, fuera de toda discusión, la capital cultural de la República. No hacía dos meses que se había inaugurado, en su Ayuntamiento, el Segundo Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, de modo que podía considerarse la lección de Bosch Gimpera como el acontecimiento más representativo de la política cultural republicana en el comienzo del nuevo curso. Nada se había dejado al azar. El conferenciante era, sin duda, después del propio presidente del Consejo de Ministros, la personalidad académica más conspicua del campo leal a la República, y, además, catalán, un rasgo importantísimo en aquella coyuntura, cuando el territorio controlado por el Gobierno se reducía prácticamente al Madrid sitiado, a Valencia y a Cataluña. Por otra parte, el acto contaba con la presencia del, para entonces, muy disminuido presidente de la República, figura sin relevancia académica, pero de innegable prestigio como intelectual.

Bosch Gimpera pertenecía a *Acció Republicana de Catalunya*, pequeña formación de sesgo federalista sin representación en el Gobierno de Negrín, aunque afín al mismo. Lo suficientemente afín, por lo menos, para que se pudiera encomendar al catedrático y *conseller* la elaboración de un texto que, con independencia de lo que tuviera de originalidad teórica, reflejase de algún modo el consenso alcanzado por el «gobierno de la victoria» tras los sucesos de mayo; es decir, tras la represión y neutralización de los partidarios de la revolución inmediata, anarquistas y trosquistas. Y lo cierto es que Bosch Gimpera consiguió adaptar sus teorías a lo que podría ser, en adelante, el denominador común de la visión de España en aquel entramado de fuerzas que comprendía a un sector de los socialistas, a los comunistas de observancia estalinista, algunos saldos del republicanismo histórico, y a nacionalistas vascos y de Esquerra Republicana. Se amparó en Azaña —que asistiría mudo y más bien pasivo a su disertación—, atribuyéndole una sustancial

conformidad con sus propias ideas, pero este recurso se había convertido en un hábito de los restos del federalismo español desde 1932, cuando creyeron ver en los discursos de aquél sobre el Estatuto de Cataluña una afirmación de los principios federalistas, lo que estaba muy lejos de las intenciones de un jacobino bastante convencional. Sea como fuere, la lección de Bosch Gimpera trascendería su circunstancia histórica y sentaría un paradigma que todavía hoy domina en el medio académico, por no hablar de las ideologías políticas al uso.

La lección trataba de España, de su identidad histórica y de sus distintas concepciones en la cultura española contemporánea. Bosch Gimpera reduce éstas a dos: la «ortodoxa» —tradicional y oficial—, y otra, vista en un tiempo como «subversiva», que habría terminado por imponerse en el medio académico (y que en ese mismo momento, aunque eso Bosch Gimpera no lo dice, se consagraba como concepción oficial en el bando republicano, al contar con la aquiescencia silenciosa de Azaña). La primera, la «ortodoxa», se caracterizaría por partir de «la idea dogmática de la unidad y cohesión esencial de España, como de un ente metafísico»<sup>1</sup>. La segunda, por subrayar «la diversidad de los pueblos hispánicos»<sup>2</sup>, la pluralidad constitutiva de lo español. Es obvio que semejante dicotomía se proyectaba sobre el conflicto bélico en curso, y que, si la concepción pluralista aparecía identificada con la República (a través de Azaña), la ortodoxa y unitaria se hacía implícitamente corresponder a los sublevados, que no se nombran en toda la lección sino a través de metáforas (la Monarquía, la Iglesia, la aristocracia, etcétera).

Fatalmente, la traslación de lo que había sido un debate rico en matices y posiciones al plano de una dialéctica de confrontación entre la República y sus enemigos, reducía a dos toda la variedad posible (y real) de las interpretaciones historiográficas anteriores, de modo que Bosch Gimpera incluye en la historia «ortodoxa» tanto la versión tradicionalista o providencialista del pasado español como la liberal, y atribuye a la pluralista o «subversiva» orígenes tan aparentemente contradictorios como Pi y Margall, Prat de la Riba y Menéndez Pelayo, que habría descubierto la diversidad hispánica en su maestro, Milá y Fontanals. La suposición resulta excesiva. Menéndez Pelayo pudo aprender mucho de Milá y Fontanals, pero la diversidad hispánica era algo que seguramente conocía de antemano, lo que no obstaba para que sostuviese una visión bastante ortodoxamente unitaria, católica, tradicional y providencialista de la historia española. Por cierto, Menéndez Pidal fue discípulo de Menéndez Pelayo, y, a pesar de ello, se apartó de la concepción católica y providencialista, pero Bosch Gimpera lo asignó sin

<sup>1</sup> Pere Bosch Gimpera, «España», *Anales de la Universidad de Valencia*, segunda época, 1937, Gráfica Vives Mora intervenida, pp. 9-47. Cito en adelante por la edición de Pedro Ruiz Torres (ed.), *Discursos sobre la Historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2000, pp. 341-363; p. 342.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 345.

remisión a la ortodoxia, por la sola razón de su unitarismo o quizá por no haber disfrutado directamente del magisterio de Milá y Fontanals. Y es que Bosch Gimpera ejercía, ante todo, de catalán o, más exactamente, de catalanista, y sólo en segundo lugar de republicano federal. La asimilación de esta última lealtad a la primera había sido un fenómeno frecuente en Cataluña desde los tiempos de Valentí Almirall, e iba a generalizarse a lo largo de ese curso académico 1937-1938 entre los partidos republicanos catalanes de la Generalitat, quizá a causa de la pugna entre dos gobiernos, central y autonómico, que, en la práctica, trataban de controlar un mismo territorio. En cualquier caso, la lección inaugural de Bosch Gimpera parte de algo parecido a una profesión de fe, tácitamente catalanista, en la inexistencia de la pretendida unidad nacional urdida por cabezas castellanas:

El único hecho evidente es la unidad geográfica de la Península Ibérica, la relación entre sus Estados y sus pueblos, la analogía de los elementos étnicos que los constituyen, así como los acontecimientos vividos en común y la participación de unos y otros en la formación de determinados valores culturales, no siendo los mismos ni en la misma proporción. Esto crea una solidaridad, una hermandad, una cierta cultura común. Pero una Nación Unitaria y menos la necesidad de admitir la identificación de determinado pueblo y de determinada cultura con el todo, de ninguna manera<sup>3</sup>.

Sorprende, sin embargo, que Bosch Gimpera no recurriese, en su lección, a otra lengua que el castellano, y que pusiera su tesis bajo la advocación del presidente de la República, un alcañino, y del solemne acto de apertura de curso. Podría interpretarse quizá como una tácita resignación a que la «solidaridad», la «hermandad» y la «cierta cultura común» de los pueblos de la Península Ibérica no tuvieran otra expresión posible que la castellana. Sin embargo, afirma que tal supuesto ya no es necesario, y menciona, de paso, a sus dos bestias negras:

Acaso algunos reconocían esta diversidad con íntimo dolor, pero ya era difícil volver atrás. Todavía en Ortega y Gasset España se había vertebrado por Castilla y se atribuye a las regiones centrales la energía formadora de Estados, la fortaleza y los máximos valores culturales, buscando Menéndez Pidal la comprobación de esta tesis en la época romana. Pero ya nadie piensa en negar la variedad española aunque ésta constituye un problema a «conllevar», a menudo con poca satisfacción de ánimo. No sólo ya no se condena nuestra tesis como subversiva, sino que se proclama cordialmente como la única que está de acuerdo con la verdadera tradición y la verdadera realidad española<sup>4</sup>.

Todo en este último párrafo son guiños a Azaña, al que se adula implícitamente, en demanda de su aprobación. Bosch Gimpera transmite a su público la idea de que lo que va a exponer a continuación es, ni más ni menos, la visión oficial de la República, que responde a las íntimas convicciones de su presidente. Pero la

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 343.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 346.

condena del unitarismo en el discurso de Azaña de 1932 no equivalía, en modo alguno, a una negación de la unidad nacional ni del liberalismo unitario de Ortega y de Menéndez Pidal. Con todo, y por muchas que fueran sus diferencias personales, Azaña se sabía más cercano a la concepción de España de éstos que a la que trataba de venderle allí mismo Bosch Gimpera. El discurso de 1932 había sido una diatriba contra la monarquía, que habría suprimido las libertades locales por sus intereses particulares, lo que, de hecho, ya había sostenido Ortega en *España invertebrada*. Pero en ningún modo un canto al federalismo.

Ahora bien, el liberalismo unitario se había desvanecido. El bando opuesto estaba lleno de unitarios antiliberales, y el republicano se repartía entre una izquierda que apostaba por intereses de clase y unos nacionalismos más o menos secesionistas. El único que habría podido defender un republicanismo no federal, Azaña, se encontraba prisionero de las interpretaciones federalistas y nacionalistas de su discurso de 1932. Ortega y Menéndez Pidal estaban lejos de España. Bosch Gimpera sabía que «nadie» podría contradecirle, y menos que nadie aquel que, según su parecer, había proclamado «cordialmente» su tesis como la única legítima. Pero, consciente de que está sentando una nueva ortodoxia, intenta no apartarse demasiado de la falsilla azañista y, antes de lanzarse a desarrollar sus argumentos, vuelve al discurso de 1932, para inferir del mismo un *método*:

De dos fuerzas tangentes, la fuerza de lo tradicional y la fuerza de la invención o creación, que introduce un nuevo giro, es resultado la política inteligente, así como la posición del hombre político se determina según la fórmula *una tradición corregida por la razón*<sup>5</sup>.

Las palabras son de Azaña, pero la idea es muy anterior. En realidad, se trata de la idea central del liberalismo unitario del fin de siglo, que había intentado superar las aporías del liberalismo decimonónico en su enfrentamiento con el tradicionalismo político. El planteamiento de la historia como dialéctica entre tradición e innovación apareció por vez primera en los ensayos que componen *En torno al casticismo*, de Unamuno (1895), cuya noción de *intrahistoria*, que se confunde con la de tradición eterna, determinó la aparición del nuevo paradigma unificador de la historiografía española de la primera mitad de siglo, desde Altamira a Américo Castro, en el que cabe incluir también a Bosch Gimpera, como se verá, y que no sería derrocado hasta la irrupción de la historia de base económica, la de Vicens Vives, Carande y, por supuesto, del materialismo histórico. Lo curioso es que, si hay un modelo acabado de *tradicionalismo racionalista* en la historia española del siglo XX, ése es, fuera de toda duda, el de Menéndez Pidal, con su fusión de tradicionalismo filológico e historiografía positivista. Las fuerzas «tangentes» de tradición y creación explican, según Menéndez Pidal, el curso de la historia de

<sup>5</sup> Cit. por Pere Bosch Gimpera, «España», *op. cit.*, p. 346.

géneros como la épica o el Romancero, y este modelo será extrapolado a la historiografía (primero, a la crónica medieval), ya en el contexto de los trabajos del Centro de Estudios Históricos.

Siguiendo el esquema azañista, no había otra salida que someterse al paradigma intrahistórico, y es precisamente lo que hace Bosch Gimpera desde el comienzo mismo de su argumentación:

Del examen de los hechos deduciremos que la verdadera tradición española, la verdadera naturaleza de los pueblos ha seguido a menudo una trayectoria desviada por la interferencia de factores externos que han hecho variar de raíz por mucho tiempo, incluso durante bastantes siglos, el camino que hubiera seguido abandonada a su evolución natural, así como se han destacado instituciones o núcleos de vida española, que han concentrado en ellas el interés histórico, proyectando su sombra sobre el resto del pueblo, a veces sobre su gran mayoría, arrogándose su representación y creando una estructura sobrepuesta al país<sup>6</sup>.

No parece este planteamiento muy distinto al de la crítica que Unamuno vierte sobre la historia política española, cuyos protagonistas lo ignoran todo de la vida íntima, mentalidad, costumbre, creencias o, en una palabra, idiosincrasia del pueblo. Pero, como puede advertirse, así, en abstracto, corresponde también a la condena tradicionalista del liberalismo, tal como se encuentra, por ejemplo, en De Maistre, y que por las fechas de la lección de Bosch Gimpera era aplicada con fruición a la Segunda República por los ideólogos de los sublevados. El prehistoriador catalán debió advertir que ese principio necesitaba ser matizado. No toda innovación debería ser desechada, porque «la Historia difícilmente puede volver atrás cuando ha creado valores incorporados definitivamente a la naturaleza de los pueblos o cuando ha aniquilado los factores autóctonos dejándolos sin posibilidad de rebrotar. La superestructura creada es así difícilmente sustituible porque, manteniendo grandes masas del pueblo en un nivel inferior de cultura, ha venido a ser el único actor viable del drama histórico y, en determinados momentos, ha acabado por encarnar, de acuerdo consigo misma, la propia personalidad étnica que suplantaba»<sup>7</sup>. Esto impondría ciertos límites a la acción política, pues «la corrección de la tradición —y en este caso a menudo acaba por convertirse en tradición la propia desviación o superestructura cuando persiste secularmente— por la razón, ha de tener en cuenta todo el proceso vivido y no puede ser caprichosa ni doctrinaria»<sup>8</sup>.

En realidad, Bosch Gimpera no se separaba gran trecho, en este asunto, de lo que había sostenido el liberalismo unitario (y Menéndez Pidal en particular). Pero Bosch Gimpera, como federalista, se niega a admitir la validez de la premisa para

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 347.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

España. Aquí la superestructura ha sido, viene a decir, más superestructural que en otras partes. El fondo indígena o primitivo ha subsistido milagrosamente incólume, y él, como prehistoriador, puede certificarlo mejor que nadie. Cuando las interferencias postizas y superestructurales se debilitan o caen, reaparece en todo su esplendor la España primitiva. Así, cuando el reino visigodo fue destruido por los invasores islámicos, emergieron unidades políticas, los reinos cristianos medievales, organizadas en torno a persistentes núcleos étnicos que habían sobrevivido a la civilización romana. El reino asturleonés, con Galicia, surge a partir de las poblaciones celtizadas del noroeste peninsular; Castilla, en torno a los núcleos celtibéricos del centro; Navarra es una emanación medieval de la antigua identidad vascona, y Aragón y Cataluña suponen una continuidad con los iberos del valle del Ebro. La idea tampoco es nueva, y pertenece al cogollo de la visión intrahistórica unamuniana, que había interpretado la aparición de los nuevos nacionalismos europeos de fines del siglo XIX como una irrupción de antiquísimas identidades indígenas en la modernidad industrial: «Siéntense las generales corrientes étnicas que sacuden a toda Europa. Por debajo de las nacionalidades políticas, simbolizadas en banderas y glorificadas en triunfos militares, obra el impulso al disloque de ellas en razas y pueblos más de antiguo fundidos, ante-históricos, encarnados en lenguajes diversos y vivificados en la íntima comunión privativa de costumbre cotidianas peculiares a cada uno; impulso que la presión de aquéllas encauza y endereza»<sup>9</sup>. La especificidad del caso español consiste, según Bosch Gimpera, en el conjunto y mutua influencia de tres rasgos: la «refracción» de la variedad étnica primitiva en la diversidad geográfica peninsular; la supervivencia de un fondo de cultura «muy primitiva» en los usos y costumbres populares, y en la vitalidad de las culturas autóctonas, que asimilan con facilidad las aportaciones foráneas<sup>10</sup>: «Gracias a estas cualidades, la civilización en España existe ya muy anteriormente a la romanización y evoluciona intensamente, y hubiera llegado a ser una alta cultura al margen del mundo clásico, de no haberse interferido los hechos catastróficos del dominio cartaginés y de la conquista y asimilación por Roma»<sup>11</sup>.

Tras este ejercicio de lo que hoy llamaríamos historia virtual, reprocha Bosch Gimpera a Menéndez Pidal que haya puesto en paralelo el Imperio romano y el Imperio español del siglo XVI, como momentos culminantes de la historia española, cuando no fueron sino casos de «perfección de la superestructura»<sup>12</sup> que interrumpieron «el florecimiento natural progresivo»<sup>13</sup> de la civilización indígena, des-

<sup>9</sup> Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra*, ed. de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 500-501.

<sup>10</sup> Pere Bosch Gimpera, «España», *op. cit.*, pp. 348-349.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 349.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 360.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

viándola, en el caso del Imperio español, hacia una decadencia interior que la apartó del mundo moderno. «En definitiva —concluye—, el proceso de la Historia de España es el del juego y de la acción mutua de una España indígena, racial, primitiva y de la superestructura». Cuando ésta se rompe, «lo primitivo aparece casi intacto», como en el caso de la invasión musulmana, que permitió «el resurgir de nuevo de los antiguos grupos tribales que evolucionan hacia nuevas unidades políticas»<sup>14</sup>.

La derrota de la República llevó a Bosch Gimpera, como a tantos otros académicos españoles, al exilio mejicano, donde contribuyeron a prestigiar la Universidad y la cultura anfitriona, en medida comparable —siempre en términos relativos— a la del enriquecimiento de la cultura de los Estados Unidos por la aportación de los exiliados de Weimar. Pero su propuesta pluralista no pudo medrar en España, donde se impuso en la enseñanza oficial una nueva versión de la concepción católica y providencialista, que dejaba un ancho campo a los seguidores de Menéndez Pelayo, y nada o muy poco a la tradición historiográfica del Centro de Estudios Históricos. Vuelto a España, Menéndez Pidal reanudó sus trabajos e investigaciones, al margen de la academia y apoyándose en su círculo familiar. En 1947, la editorial Espasa-Calpe reanudó la publicación de su *Historia de España*, al frente de la cual puso el ya anciano filólogo una introducción que quería ser la síntesis de su pensamiento sobre el pueblo y la nación española, y que se convirtió, de hecho, en el último —quizá póstumo— manifiesto de un liberalismo unitario privado ya de horizonte histórico. En ese texto, *Los españoles en la historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política*, replicaba Menéndez Pidal a las críticas de Bosch Gimpera, a la vez que marcaba sus diferencias con la Historia oficial de los vencedores de la Guerra Civil. Me limitaré a analizar el ajuste de cuentas con la teoría de la diversidad constitutiva, prescindiendo de todas las caracterizaciones previas de los españoles, que, a todas luces, se nos aparecen hoy como esencialistas, aunque en algunas puedan sorprenderse ciertas intuiciones plausibles.

Para Menéndez Pidal, el innegable localismo de la vida española, con sus diferencias culturales y lingüísticas, no depende ni de lo accidentado del paisaje ni de la diversidad étnica, sino de una «condición psicológica uniforme»<sup>15</sup>, el «carácter apartadizo ibérico»<sup>16</sup> que ya resaltaban los autores de la Antigüedad. Probablemente fuera más satisfactoria una explicación que tuviera en cuenta factores de otra índole, económicos, desde luego, o incluso políticos, pero Menéndez Pidal, sobra recordarlo, no era un partidario del materialismo histórico. Como en Ortega, su

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 361.

<sup>15</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*. Cito por la edición de Diego Catalán, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 149.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

preocupación fundamental se centra en las tendencias al particularismo y a la fragmentación que parecen marcar la historia de la España moderna y contemporánea. El localismo, achaque común al carlismo y al federalismo del XIX, remonta otra vez el vuelo en el XX, tras «el desconcierto que cayó sobre la nación tras el desastre de 1898»<sup>17</sup>, reforzado esta vez por el malestar de las regiones industriales a causa de la pérdida de los mercados coloniales, y la «política de las pequeñas naciones»<sup>18</sup> que alentaban las grandes potencias y que acaba por concretarse en «la doctrina de la autodeterminación de los pueblos»<sup>19</sup>. Pero, por lo que afecta a España, fue el carácter parasitario de la tendencia a la fragmentación, respecto de la ideología republicana en su conjunto, lo que produjo los más graves contratiempos a la República. No deja de ser una visión parcial, que ignora otros factores de perturbación social y política. Sin embargo, no se podía pedir al liberalismo algo que, evidentemente, caía fuera de su concepción general de los males de la patria. Para Menéndez Pidal, el federalismo contemporáneo alcanza su más alto grado de teorización histórica en la lección inaugural de Bosch Gimpera. Éste, admite, «rechaza el separatismo» y «defiende el federalismo de Pi y Margall, que triunfa con la Segunda República»<sup>20</sup>.

Es ésta una apreciación bastante discutible. Menéndez Pidal parece creer, como Bosch Gimpera, que Azaña era un federalista o un cripto-federalista. Lo cierto es que el Estatuto catalán, como después el Estatuto vasco de 1936, son concesiones a unos nacionalismos que tienen poco de federales, y concesiones hechas, al menos en el segundo caso, *in extremis*, para impedir que los nacionalistas vascos basculasen hacia los insurrectos. La Segunda República, como tal, tuvo poco de federalista, pero no puede negarse que el marchamo oficial dado por la presencia de Azaña al discurso de Bosch Gimpera parecía equivaler a una adopción de la propuesta federalista por el «gobierno de la victoria». Como sabemos, no fue así. Negrín no era un republicano federal, sino un socialista que necesitaba preservar como fuera el consenso de mayo del 37 para resistir el embate de los sublevados, y, en tal sentido, no tenía el menor empacho en prometer a sus aliados lo que fuera, dejando muy claro que todas las reivindicaciones políticas partidarias debían posponerse hasta el fin de la guerra. Bosch Gimpera no fue, en este sentido, una excepción. Se le permitió exponer sus ideas, se le alentó incluso a ello, lo que no quiere decir que tuviera posibilidad alguna de llevarlas a la práctica.

Menéndez Pidal sabía, en cambio, que la invocación al fondo indígena supuestamente diverso era un aspecto atávico de la ideología federalista, tanto en Pi y

<sup>17</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, cit., p. 168.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 177.



Margall como en los también federalistas Machado Álvarez y Unamuno (es decir, el Unamuno de juventud, que había alumbrado el concepto de *intrahistoria*):

...el Estado [afirma Bosch Gimpera] no es más que una «superestructura» artificial, impuesta a la España auténtica, a la España constituida por los pueblos primitivos. La superestructura que a estos pueblos impusieron los romanos, los godos, el califato cordobés, la monarquía austriaca y la borbónica, es forma postiza que, aunque a veces fuese benéfica, siempre daña por interrumpir o desviar el florecimiento de lo primitivo y natural, constitutivo de la verdadera España. *A ese fondo indígena y verdadero quiere dar vida el federalismo, pensando que el unitarismo atiende sólo a la superestructura* [el subrayado es mío]<sup>21</sup>.

Frente a esta tesis, que va más allá del federalismo y apela, con su lenguaje, a la izquierda socialista y comunista, Menéndez Pidal plantea una concepción de la historia nacional en términos hegelianos. El Estado, viene a decir, es la realidad verdadera, no el improbable fondo indígena permanente que Pi y Margall había llamado, poéticamente, el pueblo eterno, y que Unamuno había disuelto en la intrahistoria:

Ese término, «superestructura» (que por cierto hallamos en Carlos Marx), nos pide su complemento obligado: el fondo indígena, reacio a la organización superior, será una «infraestructura», que no puede representar lo perpetuamente natural y auténtico; será siempre algo inferior a la superestructura, la cual, aunque en su origen haya sido algo artificial o impuesta (no lo fue casi nunca), el transcurso de los siglos la convirtió en lo esencial, auténtico y nativo<sup>22</sup>.

Ésta es, sin duda, la objeción más sólida que cabía hacer a la tesis de Bosch Gimpera: el hecho de que olvidara la acción del tiempo, de la historia. Fuera de ella, sólo hay fantasmagorías, y entre todas las posibles, no es la menor la de una España primitiva, que Menéndez Pidal conocía muy bien a través de las crónicas medievales, de las fabulosas genealogías de Annio de Viterbo y de sus seguidores, y de la serie de cricones apócrifos que llegaron al XVIII. La España primitiva de Bosch Gimpera no es más que una puesta al día del mismo tema, aderezada con pretensiones científicas:

Se supone ahora que toda acción contra la superestructura es un brote de fuerzas indígenas primitivas, rebeldes a la deformación artificial que les es impuesta; así, los reinos medievales son resurgimiento incoercible de antiguos núcleos prerromanos. Pero la realidad es que la estructura de la España prerromana nos es poco menos que desconocida, y cuando la conocemos un poco, la tenemos que dejar a un lado para inclinarnos a lo romano y a lo visigodo, es decir, a la superestructura<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> *Ibidem*, 178.

<sup>23</sup> *Ibidem*, 179.

Y es que, en efecto, si hoy puede parecer absurdo —lo es— pretender que algo parecido a la nación unitaria española existiera ya en la época romana, lo parece aún más el recurso a una España primitiva, original e inmutable, que reaparece como un Guadiana en diferentes momentos de la historia. Menéndez Pidal no niega que las culturas prerromanas deban ser objeto de investigación, y tiene en alta estima los estudios de Bosch Gimpera como prehistoriador. Pero se opone a derivar de ellos cualquier teoría de la nación, pues

...esta infraestructura no puede tomarse como la forma esencial del pueblo español, cohibida por la superestructura. Si ésta no fuese más que una deformación, y si hubiera sido malamente soportada por el pueblo no ya desde los borbones, no ya desde Ramón Berenguer IV, sino desde Roma acá, durante dos milenios, sería preciso concluir que ese pueblo había mostrado una inconcebible pasividad, equivalente a la no existencia. Pero, claro es: la forma de vida que el pueblo español llevó a través de dos mil años, no es tal equivocación permanente, ni tal superestructura positiva, sino la estructura normal, la más connatural que ese pueblo pudo tomar dentro de las multiformes circunstancias históricas en que se vio envuelto<sup>24</sup>.

La supuesta diversidad étnica es el resultado de la disgregación de las estructuras unitarias, y no representa, según Menéndez Pidal, pujanza alguna del fondo primitivo, sino simple fragmentación aleatoria de la nación histórica: «federalismo, cantonalismo y nacionalismo modernos vienen ellos por sí a destruir la unidad multiseular y no logran estabilizarse; lejos de representar la España auténtica, no responden sino a un momento anormal y transitorio, desmayo de las fuerzas vitales que no puede prolongarse sin grave peligro. Aparecen, como una enfermedad, cuando las fuerzas de la nación se apocan extremadamente; pues toda enfermedad consiste en el autonomismo de algún órgano que se niega a cooperar al funcionamiento vital unitario del cuerpo»<sup>25</sup>.

El recurso a la metáfora clínica podría darnos un indicio de los motivos que impidieron que la tesis de Menéndez Pidal prosperara en los medios universitarios, que se volvieron abiertamente hostiles a todo lo que sonara a organicismo, inclinándose, de forma resuelta, por las interpretaciones economicistas y materialistas, a partir de los años sesenta. Pero no explica el nuevo auge que experimentó el modelo pluriétnico a partir de las mismas fechas. Un factor a tener en cuenta es la reactivación de los nacionalismos en esa década, y la recuperación, por la oposición al franquismo, de ciertos planteamientos que se presentaron, en la fase final de la Segunda República, como transacción entre la izquierda y los nacionalismos que sostenían el consenso republicano. Entre ellos, como intuyó Menéndez Pidal, el de Bosch Gimpera fue, con mucho, el más eficaz, porque en él se plasmaba un compromiso, aunque vago e indefinido, de reforma federal del Estado, cuya reali-

<sup>24</sup> Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 180.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 180-181.

zación se subordinaba al objetivo prioritario de ganar la guerra. Pero influyó también, sin duda, la aproximación de la Historia a disciplinas como la antropología. En 1970, Julio Caro Baroja publicaba un breve ensayo sobre «El mito del carácter nacional» donde, aparentemente, daba la razón a Menéndez Pidal acerca de las grandes lagunas en el conocimiento de todo lo anterior a la romanización: «Hay que reconocer... que para el período prerromano no hay descripciones generalizadas de todos los pobladores de la península (como las que hay de egipcios, persas o indios), sino de pueblos determinados como los del Sur, es decir, los antiguos tartesios, los del centro (celtíberos), el Levante (iberos) o el norte (cántabros, etc.)». Pero terminaba el párrafo alineándose con las tesis a lo Bosch Gimpera: «Y bueno será advertir que, en algunos aspectos, estas caracterizaciones explican algo de lo más moderno o incluso actual»<sup>26</sup>.

Desde el punto de vista de una historiografía progresista, la réplica de Menéndez Pidal a Bosch Gimpera es irrelevante, porque pertenece al modelo «ortodoxo» felizmente superado por el subversivo o pluralista. Es significativo, por ejemplo, que un autor reciente, editor de la lección de Bosch Gimpera, no la mencione siquiera en su relación de las corrientes historiográficas contemporáneas en España<sup>27</sup>, aunque aluda a ella en una nota al texto del rector de Barcelona ¡de 1937! para ilustrar el tipo de historia «ortodoxa» que aquel combatía<sup>28</sup>. En definitiva, la nueva historia progresista, identificada con la tesis de Bosch Gimpera, ha dejado retrospectivamente a Menéndez Pidal sin derecho a réplica.

<sup>26</sup> Julio Caro Baroja, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1970, pp. 74-75.

<sup>27</sup> Cf. Pedro Ruiz Torres, «La renovación de la historiografía española. Antecedentes, desarrollo y límites», en M. Cruz Romeo e Ismael Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 42-76. Véase especialmente la página 59, donde la ausencia resulta especialmente clamorosa.

<sup>28</sup> Cf. Pere Bosch Gimpera, «España», *op. cit.*, p. 359, n. 20.